

DE CÓMO VER LA HISTORIA

Rafael Rojas

Enrique Florescano, *Imágenes de la patria a través de los siglos*, México, Taurus, 2005.

En los últimos quince años los estudios sobre las naciones y los nacionalismos, las patrias y los patriotismos han experimentado una verdadera revolución en la mayoría de los países occidentales. Las interpretaciones de Benedict Anderson, Ernst Gellner y Anthony Smith sobre la formación de las identidades nacionales han enfatizado el papel de los mitos y las ficciones en la invención y en la práctica de tradiciones nacionales. En fechas más recientes, el interés por el sentimiento patriótico, como un conjunto de valores culturales, diferente al de las ideologías nacionalistas y adscrito, mayormente, a la tradición republicana, ha ganado terreno con las investigaciones de Igor Primoratz, Stephen May y Maurizio Viroli.

Las diatribas de cosmopolitas contra patriotas y aquel llamado insistente a abrazar la condición postnacional que difundió la certeza de que vivíamos, apenas, el preludeo de una nueva era global, puso de moda el tópico de pensar contra las naciones y las patrias. La resaca de aquella ola de estudios, sumamente valiosos por demás, nos coloca en una posición más equilibrada frente al complejo proceso de construcción de identidades comunitarias. Recientemente, el historiador Craig Calhoun se preguntaba si, realmente, vivíamos en una época en que, a fuerzas, había que ser “postnacional” y “glo-

balizado”. Su respuesta, naturalmente negativa, me hizo recordar un epigrama políticamente incorrecto de Ricardo Garibay: “amo a mi patria, casi, incondicionalmente, como se ama a un niño imbécil o malvado.”

En estos dos campos, emparentados y contiguos, de los nuevos estudios sobre la nación y la patria, no existe, dentro de la historiografía mexicana contemporánea, otra contribución más perseverante y significativa que la de Enrique Florescano. La fama de historiador actualizado, atento a la producción teórica occidental, no sólo sobre historia, sino sobre otras formas del saber social, como la antropología, la economía, la sociología y la política, sin las cuales, difícilmente puede pensarse y escribirse la historia, es justa en el caso de Florescano. De sus maestros, en París, Florescano heredó aquel buen hábito, tan defendido por Braudel, de practicar la historia como una disciplina vecina y, en el mejor sentido, deudora de las otras ciencias sociales.

Esa voluntad de ser contemporáneo de la mejor historiografía occidental le ha permitido a Florescano marcar pautas en la escritura de la historia mexicana. En los años 60 y 70, como es sabido, Florescano fue un pionero de la nueva historia cuantitativa, económica y social con sus estudios, ya clásicos, sobre los precios del maíz, las haciendas y el comercio a fines de la época virreinal. Hoy, por cierto, aquellos estudios no sólo se leen como hitos de la historiografía económica, sino, también, como contribuciones decisivas a la historia social y política del ocaso de la Nueva España, en la época bor-

bónica, y del estallido de la guerra de independencia a inicios del siglo XIX.

Desde fines de los 80, Florescano reorientó sus investigaciones hacia una zona que ha resultado igualmente renovadora y fecunda: el estudio de la milenaria construcción cultural de la nación mexicana moderna. Esa nueva plataforma historiográfica, que lo llevó a explorar los mitos prehispánicos, la cultura criolla en la Nueva España, la invención de una tradición republicana y liberal en el siglo XIX y el nacionalismo revolucionario en el XX, comenzó con *Memoria mexicana* (1987) y *Nuevo pasado mexicano* (1991), continuó con *Etnia, Estado y Nación* (1996), *La bandera mexicana* (2000) e *Historia de las historias de la nación mexicana* (2002) y desemboca, ahora, en estas *Imágenes de la patria* (2005).

Como en sus libros anteriores, Florescano hace la historia de los conceptos políticos primordiales de la experiencia nacional mexicana, pero con una mezcla de fuentes iconográficas e impresas, de alegorías y textos. Este es un libro que se lee y se ve y donde parecen correr dos historias paralelas: la de las imágenes y la de los conceptos; la de las representaciones, esculpidas o grabadas, de diosas o emblemas femeninos de la tierra, de América, del reino de la Nueva España, de la Virgen de Guadalupe, del Imperio, la República o la Revolución; y la historia, propiamente intelectual, de los libros canónicos de la patria: desde el *Popol Vuh* hasta *El laberinto de la soledad*, desde la *Historia antigua de México* de Clavijero hasta *La jaula de la melancolía* de Bartra.

Tal vez la mayor audacia historiográfica de este libro, sin embargo, no está relacionada con esa visión plural o “extraverbal”, como diría Chartier, del archivo y, en general, de las fuentes documentales que ha caracterizado la obra de Florescano desde la primera edición de *Memoria Mexicana*. Esa audacia, en términos historiográficos, a mi entender, está relacionada con la arqueología de la noción de patria, de los valores sentimentales que dicha noción moviliza en la comunidad y de las múltiples formas en que se ha practicado, en México, su representación pública, no desde los siglos criollos, como generalmente se piensa, sino desde los siglos prehispánicos.

Una célebre tradición de historiadores de Hispanoamérica, que tiene en David Brading a su mejor exponente para el caso mexicano, y que podría incluir a historiadores clásicos de las ideas como Mariano Picón Salas y Germán Arciniegas y a ensayistas cercanos a las izquierdas de mediados del siglo XX como Ezequiel Martínez Estrada y Severo Martínez Peláez, establece que la patria es, ante todo, una noción criolla, producida en la época borbónica, como un sentimiento de alteridad, frente a los súbditos peninsulares del Imperio, y que no negaba, sino complementaba, la pertenencia a la monarquía católica. En su libro Florescano narra otra historia: la del patriotismo precriollo, asociado al culto de la Diosa Madre del Inframundo y de la Tierra, a la patria territorial y étnica del *altépetl* mesoamericano, sin dejar de aludir a la historia paradójica de cierto patriotismo carolino o habsbúrgico,

plasmado en las alegorías de América que produjo el imaginario imperial español de los siglos XVI y XVII.

Naturalmente, en esta heráldica de la nación mexicana o historia cultural de los emblemas patrióticos, no podía faltar un recorrido por el patriotismo y el guadalupanismo novohispanos. Pero llama la atención que ese recorrido sea, más bien breve, apenas un pasaje hacia el nuevo universo simbólico que se inicia en 1810 y que Florescano comprende dentro de la estela de representaciones de la patria, legadas por el republicanismo y el liberalismo del siglo XIX. Una reflexión que podría extraerse de la lectura de estas páginas es que en México, a diferencia de Estados Unidos, el patriotismo, en tanto codificación de mitos, héroes, ceremonias cívicas y linajes intelectuales, fue más obra de los liberales románticos y positivistas de la segunda mitad del siglo XIX que de los republicanos neoclásicos de inicios de aquella centuria.

En México hubo una generación de republicanos atlánticos, en el sentido que Pocock, Skinner, Virolí y otros autores dan a este término: Mier, Bustamante, Zavala, Heredia y Rocafuerte, por ejemplo, fueron republicanos de ese tipo. Pero la consolidación del Estado nacional y, por tanto, la invención de una tradición patriótica, que debía servir de plataforma simbólica a la pedagogía cívica del México moderno, fue obra de los liberales de la República Restaurada y el Porfiriato. Tal vez a ese origen liberal, y no republicano, del patriotismo moderno en México se deba que las imágenes de

la patria, construida por los grandes relatos históricos nacionales de Prieto, Altamirano, Riva Palacio y Sierra, hicieran tan visibles dos exclusiones: la de los derrotados, los conservadores, y la de los subalternos, la población indígena.

Una buena parte de las energías intelectuales y políticas de la revolución mexicana se destinaron a corregir la naturaleza excluyente de aquel nacionalismo liberal. Florescano encuentra en los escritores del Ateneo de la Juventud, en el agrarismo de Molina Enríquez, en la Constitución de 1917, en el integracionismo racial de Gamio, en la cruzada educativa de Vasconcelos y en el muralismo de Rivera y Orozco diversas estrategias de reconstrucción del imaginario nacional, cuyas alegorías de la patria intentan rearmar el rompecabezas de la heterogeneidad mexicana y, de algún modo, reconciliar sus pasados en pugna. Ese afán integrador, sin embargo, fue incapaz de aplacar las guerras de la memoria que comenzarían a librarse entre los herederos de unos y otros Méxicos.

Decíamos que la audacia de este libro reside en el intento de una arqueología del patriotismo desde los tiempos prehispánicos hasta la época contemporánea. Sin embargo, Florescano insiste en que los valores patrióticos no son permanentes y cambian a lo largo de los siglos. La patria mesoamericana, anterior a Cortés, era, por ejemplo, una noción de identidad étnica y territorial, la novohispana era católica y criolla, la liberal decimonónica fue un dispositivo simbólico de la construcción del Estado nacional y la priísta del siglo XX es un conjunto de valores hege-

mónicos e integradores que apuntalan los relatos del mestizaje cultural y el nacionalismo revolucionario.

Las páginas finales de este libro, exquisitamente ilustradas, repasan el auge y la decadencia de ese Estado revolucionario, con su impresionante capacidad de asimilación corporativa y su eficaz entrega a la constitución de una nueva ciudadanía. El último tramo de este recorrido secular corresponde, pues, a la que Florescano llama la triple crisis de la identidad mexicana, del proyecto nacionalista revolucionario y del Estado educador. Una “crisis en picada”, dice, que abarca toda la segunda mitad del siglo XX o, más específicamente, desde 1940 hasta 2000. Esa fatiga simbólica, como advierte el autor, coincide con la irrupción, en la esfera pública, de nuevos y eficaces medios de comunicación, con una extraordinaria capacidad de reproducción y comercialización de iconos visuales de la patria, como el radio, la televisión y el cine.

Fiel a su comprensión múltiple del archivo documental de la historia, Florescano termina su libro no con palabras sino con una imagen: la pintura de Francisco Toledo, titulada, precisamente, “Imagen de la Patria”. En ella se ve a un Juárez aviador, con gorro y gafas a lo Charles Lindbergh, piloteando un avión de hélice que se precipita al vacío, envuelto en llamas. La imagen ilustra la inquietante radiografía del México contemporáneo con que Florescano concluye su libro: “la crisis política que vive el país real se une así con la crisis de identidad desatada por el ascenso incontenible del corporativismo, los reclamos de los grupos indígenas, el incremento de las

reivindicaciones particularistas y regionalistas, y el magno desafío de la globalización, cuya presencia en los medios de comunicación, los símbolos y las imágenes es una realidad desde fines del siglo pasado”. 

LA DEMOCRACIA EN NUESTRO SIGLO XIX

Erika Pani

Carlos A. Forment, *Democracy in Latin America, 1760-1900. Volume I, Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 2003.

En este libro Carlos Forment indaga sobre las formas en que, en el siglo XIX, aquellos que después se llamarían latinoamericanos imaginaron y practicaron la democracia. Para esto, deja a un lado una definición de “democracia” limitada a sus aspectos formales: la constitución de un gobierno representativo, periódica y pacíficamente renovado, con la participación de amplios sectores de la sociedad, y que, como todos sabemos, fracasó estrepitosamente durante el primer siglo de vida independiente de lo que fuera la América española. Se centra, al contrario, en la versión tocqueviliana de la democracia, viéndola como “una forma de vida fincada en la igualdad social, el reconocimiento mutuo y la libertad política” (p.xi), como hábito y perspectiva más que como sistema de gobierno. Esta visión tiene la ventaja de ahorrarnos una letanía sobre la naturaleza “antidemocrática” de los “latinos” –los de

antes y los de ahora—, todos con un pequeño caudillo en el corazón y para quienes la “democracia” resultó una importación bastante exótica. Por otra parte, debe celebrarse su esfuerzo por “descolonizar *los area studies* y desprovincializar la teoría moderna” (p.xxii), así como su rechazo de modelos y dicotomías que de tanto simplificar se vuelven engañosos.

Forment ha buscado rescatar, para América Latina, aquello que, en opinión de Alexis de Tocqueville, era “lo que más atención merecía” dentro del horizonte de la política de Estados Unidos en la década de 1830: las asociaciones “intelectuales y políticas” por medio de las cuales los americanos se apoyaban voluntaria y mutuamente.¹ La empresa de rastrear, contabilizar y describir las agrupaciones de la Hispanoamérica decimonónica es monumental y azarosa, y sus resultados notables: cuenta 7,056 asociaciones voluntarias fundadas durante el siglo XIX en cuatro países latinoamericanos (Argentina, Cuba, México y Perú). Este libro, el primero de dos volúmenes, hace una historia comparativa de México y Perú, cubriendo espacios muy amplios tanto temporal como cronológicamente, reseñando sociabilidades de todo tipo: juntas patrióticas, ayuntamientos, sociedades científicas, asociaciones educativas y de beneficencia, cooperativas, círculos obreros y mutualidades, milicias cívicas y sociedades filarmónicas, cofradías, conduñazgos, sociedades de inversión, empresas de familia,

bancos, tertulias y reuniones en pulquerías y pulperías.

La comparación entre México y Perú, ejercicio que abordara ya, con resultados sugerentes, Florencia Mallon, es especialmente atractiva, pues arroja luz sobre algunos de los factores que contribuyen a explicar la distancia que separa las experiencias de los que fueron quizá los virreinos españoles más parecidos. Para Forment, la pobreza de la vida asociativa peruana hasta mediar el siglo, comparada con la mexicana, es a la vez raíz y síntoma de la militarización de la sociedad peruana, que borraba los espacios en donde hubiera sido posible practicar la democracia en la vida cotidiana. Durante la segunda mitad del siglo, el civilismo y el desarrollo de una esfera pública contribuyeron a la consolidación de la sociedad civil en Perú.

De este modo, *Democracy in Latin America* apunta al poder transformador que pudieron tener las prácticas asociativas, como las formas de reclutamiento y los mecanismos de elección y de toma de decisión. Propone una perspectiva amplísima en la que todos los aspectos de la vida humana son campo propicio para observar el desarrollo de la “democracia.” Sugiere los significados —nacionalismo, solidaridad— que pudo adquirir, en una sociedad poscolonial, el tomar decisiones colectivas en torno, por ejemplo, al vestido de los miembros de una asociación. Explora lo que nos puede decir la composición social de un baile o de una procesión religiosa. Analiza lo que puede reflejar e implicar, en el poco sonriente contexto económico del XIX hispanoamericano, el creer en el papel moneda.

¹ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Nueva York, Harper Perennial, 1988, pp. 514-516.

Para Forment, la vibrante –aunque desigual– vida asociativa de la Hispanoamérica del XIX no se tradujo, a diferencia de lo que sucedió en la república del norte, en la construcción de instituciones democráticas y estables. Esto, concluye el autor, se debió al profundo recelo con que sus habitantes miraron al Estado y a la política:

la mayor fortaleza de la vida democrática en América Latina, así como su mayor debilidad, surgían de la misma fuente, la actitud antipolítica de los ciudadanos, su tendencia a vivir de espaldas al Estado. Por un lado, la antipolítica permitió a los latinoamericanos crear y preservar una vida democrática, pero por otro les impidió extirpar al autoritarismo de la sociedad política (pp. 442-443).

El autor parece poner el dedo en la llaga, subrayando la complejidad de la problemática democrática en la región. El pasado de la América hispana no deja de sorprender a sus historiadores: el México del XIX, por ejemplo, fue país de pronunciamientos y guerras civiles, patria de la “Pantera del Tacubaya,” del “Tigre de Alica” y de “Chucho el Roto.” Santa Anna se turnaba entre el rancho, el exilio y la silla presidencial, y el patriota Lorenzo de Zavala terminó de vicepresidente de Texas. Con todo, fue también un país de analfabetas donde los sesudísimos diarios capitalinos se leían en los pueblos más reconditos, donde algunos de éstos –Ures, Sonora; Ciudad Guerrero, Tamaulipas y Cosalá, Sinaloa– contaban con establecimientos tipográficos y donde, en plena “dictadura” porfirista, asociaciones políticas de oposición, como el

Grupo Reformista y Constitucional, estaban presentes en lugares como Hueyoxtla, Estado de México, Huamantitlán, Guerrero y Mixquiahuala, Hidalgo.² *Democracy in Latin America* parece entonces dar densidad histórica a las redes y resortes que articulaban esta sociedad, cuyas contradicciones es tan difícil comprender. Para quienes presenciaron la rapidez, eficiencia y generosidad con que se organizaron los sectores más diversos de la sociedad capitalina en septiembre de 1985, ante la impotencia e incapacidad de una autoridad pública pasmada, el trabajo de Forment promete rastrear en el pasado la peculiar lógica de nuestro “self-desbarajuste,” como diría Pérez Galdós.

La obra de Forment rescata una vida pública de gran complejidad y riqueza, allí donde sigue privando el referente de una sociedad estática, apática, patriarcal y jerárquica, vinculada por lazos de “Antiguo Régimen” –familiares, étnicos, de patronazgo y clientelismo, naturales e inquebrantables–. Sin embargo, se trata de una pintura cuyos detalles

² Véanse Adriana Gutiérrez Hernández, *El pájaro verde: “arde plebe roja”?: un periódico “conservador” frente al imperio de Maximiliano*, tesis (Maestra en Historia), México, Instituto Mora, 2002; Laura Suárez de la Torre, “Monumentos en tinta y papel: batallas por la modernidad. El mundo editorial de la primera mitad del siglo XIX,” en Erika Pani, Alicia Salmerón, coords., *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje*, México, Instituto Mora, 2004; Myrna Cortés Cuesta, *El grupo reformista y constitucional de 1895–1896: una organización de la prensa liberal-radical frente al régimen porfirista*, tesis (Maestra en historia), México, Instituto Mora, 2002.

parecen discordantes y cuya propuesta global no termina de cuajar. Extraña el recurrir a mapas actuales para ubicar fenómenos que se desarrollaron dentro de una geografía política distinta. En su reseña de la transformación de los hispanoamericanos de sujetos coloniales a ciudadanos republicanos que inicia en 1760, asombra que el autor recurra a una imagen de la sociedad colonial –ese “pasado depredador” (433), falto de “sociedad civil” y de “espacio público”– tan superficial y anacrónica como aquella que él mismo destruye para el siglo XIX. Su innovadora visión está, por otra parte, montada en la cronología y en los supuestos de la más tradicional historiografía política, intercambiando papeles conservadores y “autoritarios,” liberales y “ciudadanos de visión democrática”. Sorprenden, dadas la claridad y elegancia de la prosa, así como la seriedad y el habitual profesionalismo de la editorial académica responsable, las faltas de ortografía recurrentes en las notas a pie de página.

Al final, las aportaciones centrales del autor son, a un tiempo, provocadoras y desconcertantes. La construcción del concepto de “catolicismo cívico,” aquella vigorosa matriz cultural que se articulara, a mediados del siglo XVIII, en torno al conflicto entre razón y pasión, parece en un principio estar llena de posibilidades. Fue, nos dice Forment, esta particular visión hispana y católica de lo que constituye la virtud cívica la que permitió a los habitantes de la América española dotar de sentido a la revolución, a las nuevas formas en que se imaginaron a sí mismos y a la sociedad en que vivían; fue ella la que for-

jó sus prácticas y discursos. Sin embargo, no queda claro –a pesar de los diagramas– cómo el “catolicismo cívico” condenaba a los súbditos americanos de Su Católica Majestad a la perpetua minoría de edad. Aún más confusas aparecen las formas en que estos hombres y mujeres se apropiaron de este modelo y lo transformaron en instrumento de su emancipación. Afirmar que, dentro del marco del “catolicismo cívico,” los “latinoamericanos” se asumieron “adultos racionales”, formando entonces asociaciones en las que se apoyaban mutuamente y “domesticaban” las pasiones de unos y otros, parece más el diagnóstico de un psicólogo que las conclusiones de un historiador.

Una impresión similar, de entusiasmo seguido de cierta perplejidad, nos deja el análisis de las sociabilidades. Las bases de datos que son el sostén de este estudio sondean tierra ignota y son de enorme valor. Sin embargo, no se presenta al lector la información que le permitiría deducir que, como afirma el autor, el vigor de la vida asociativa y pública se tradujo en una práctica ampliamente difundida, comprometida y cotidiana de la “democracia.” No se trata aquí de repetir la crítica, acertada, que se ha formulado en contra de trabajos como los de Robert Putnam, de que el “capital social”, las redes organizativas y la acción colectiva sirven igual para apuntalar prácticas cívicas que para discriminar, acosar y perseguir. Pretendemos apuntar que las prácticas y actitudes “democráticas” dentro de un grupo no necesariamente repercuten en un ámbito más amplio ¿Qué tanto las elecciones competitivas y los

debates dentro de una asociación en la que los integrantes se reconocen como iguales, a la vez que bien distintos del resto de la sociedad –digamos, para ser especialmente obvios, la Sociedad Mexicana de Agricultura, fundada por los hacendados pulqueros de Apan en 1845 (104-105)–, pueden reflejar su compromiso con la igualdad política más amplia y el reconocimiento y aceptación de otros hombres simplemente porque son sus conciudadanos?

El autor reconoce que las “sociedades civiles” que estudia estaban fracturadas por divisiones de clase, etnia y género. Esto, sin embargo, lo lleva apenas a problematizar el vínculo entre vida pública y poder político. Parece considerar que esto afectó, sobre todo, la capacidad de los ciudadanos para enganchar sus cotidianas prácticas democráticas al desarrollo político general. Nos presenta entonces un esquema –de hecho bastante críptico– mediante el cual la vida asociativa y la construcción de un espacio público llevaron a los ciudadanos a “invertir su sentido de soberanía horizontalmente, los unos en los otros”, y no en el Estado. Los latinoamericanos del XIX, nos dice, asistían, como adultos, a aquellos “templos democráticos para poner en práctica la igualdad social, el reconocimiento mutuo, la deliberación crítica y el autocontrol” (p. 430, 440). Esta sonriente imagen es poco convincente. No obstante, a pesar del tono excesivamente optimista y esa inclinación por el psicoanálisis que más confunde que aclara, el primer volumen de *Democracy in Latin America* dibuja un nuevo mapa de la sociedad decimonónica en Méxi-

co y Perú. Marca caminos poco transitados e indica sitios de interés en los que la exploración será, seguramente, fértil. 

EL PRIMER GENOCIDIO DEL SIGLO XX

Javier Buenrostro

Bloxham, Daniel, *The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism, and the destruction of the Ottoman Armenians*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.

Desde finales del siglo XIX se empezó a perpetrar la masacre del pueblo armenio en los territorios comprendidos dentro de las fronteras del imperio otomano, no obstante que los asentamientos de armenios en las tierras de Anatolia datan de hace tres mil años y los de Cilicia desde la Edad Media. Las mayores atrocidades ocurrieron en 1915-1916, mientras en Europa se libraba la Primera Guerra Mundial, con el asesinato de más de un millón de civiles armenios y varios miles de kurdos. La historiografía sobre el tema se ha concentrado en documentar el genocidio armenio y los intentos del gobierno turco por esconder y distorsionar los hechos.

El libro de Bloxham pretende ir un poco más lejos. El autor nos dice que la irrefutabilidad del genocidio armenio ya no debe ser el punto de llegada (para eso podría estar como referencia obligada el libro de Vahakn Dadrian, *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*) sino el punto de partida para nuevos trabajos. Y eso es lo que él hace, ex-

plicar el genocidio armenio en relación con los dos grandes paradigmas socio-políticos de principios del siglo XX: nacionalismo e imperialismo.

El libro expone los movimientos y jugadas del gran tablero de ajedrez de las relaciones internacionales desde 1774 referentes a la “cuestión de Oriente” y las políticas europeas por el control de las fronteras entre Europa y Asia, principalmente la lucha de Gran Bretaña y Rusia por el control del Mediterráneo Oriental. Después del Congreso de Berlín, los intereses imperialistas de las grandes potencias en su búsqueda de atraerse aliados promovieron los sentimientos nacionalistas, los mismos que habían sido la base de las unificaciones italiana y alemana de apenas unos años atrás, y que lo eran de las independencias de Bulgaria, Rumania y Serbia acaecidas el mismo año del Congreso. El imperio otomano se enfrentaba a un inminente colapso, y las presiones de las potencias internacionales, que ya se repartían su territorio, fueron claves para buscar la consolidación de un Estado nacional turco.

El nacionalismo turco implicó, como la mayoría de los movimientos nacionalistas, autoritarismo, etnocentrismo y estatismo. Si bien es cierto que tiempo atrás había habido importantes aniquilamientos de búlgaros, armenios y kurdos, afirma el autor que es la quintaesencia occidental del nacionalismo lo que deriva en las masacres de 1915 llevadas a cabo por el Comité de Unión y Progreso (CUP). Ya desde 1914 Enver Pasha, Ministro de Defensa, discutía la “limpieza de Anatolia de sus ‘tumores’ no-musulmanes” (p. 63).

El propio embajador austro-húngaro Johann von Pallavicini describe la situación como “la creación de un Estado nacional mediante la aniquilación de los elementos extranjeros” (p. 94). El CUP consideraba que la homogeneidad étnica, la integridad del territorio y la independencia económica y política de los turcos era amenazada por la presencia armenia en los territorios de Cilicia y en la parte oriental de Anatolia. El pueblo armenio se convierte así en un extraño en sus propias tierras, y su genocidio en parte de los orígenes del proyecto nacional del Estado turco. Todavía como Ministro del Interior, Talât Pasha aseveraba que las deportaciones de los armenios “fueron determinadas por una necesidad nacional e histórica” (p. 95).

Además del nacionalismo turco, la otra cara de la cuestión armenia era la de los intereses imperialistas de las potencias europeas; de hecho, el título del libro se deriva del nombre popular con que se conocía al enfrentamiento anglo-ruso por la hegemonía en Asia central y el Oriente cercano. En primer lugar, Rusia alentaba a todo pulmón la independencia y creación de un Estado armenio, pero en secreto mantenía acuerdos con los turcos, mientras que Inglaterra alentaba una revuelta árabe de principios nacionalistas que contrastaba con los deseos panislamistas del CUP. Después de 1917, Rusia desapareció como el principal promotor de los armenios, pero rápidamente fue reemplazado por la propia Inglaterra, que así buscaba prevenir un avance turco-alemán sobre el Cáucaso, pero con el desvanecimiento del imperio y la llegada al poder de los kemalis-

tas las promesas de apoyo a la independencia de Armenia se esfumaron de manera abrupta; Inglaterra decidió concentrar sus esfuerzos en el mundo árabe mientras buscaba pasarle la estafeta de la protección de los armenios a Estados Unidos. Mención especial merece el papel que en el libro de Bloxham juega Alemania, ya que difiere con la historiografía más ortodoxa, como la de V. Dadrian, que corresponsabiliza a los alemanes de las masacres de 1915 como parte de la estrategia de la alianza turco-alemana de la Primera Guerra Mundial. Sin dispensar el comportamiento alemán, Bloxham considera que la clave de su postura debe remitirse no a la alianza otomana sino a un contexto interactivo con las potencias de la Entente. De hecho, Bloxham considera que la posición de Alemania sobre la cuestión armenia es más reactiva a la propaganda que la que, de manera activa y a conveniencia, se encuentra en los discursos de Inglaterra, Rusia y hasta Francia.

La otra gran parte constitutiva de *The Great Game of Genocide* es la negación u omisión del genocidio armenio, ya no por parte del gobierno turco (como se podría esperar) sino por la de los distintos Estados internacionales, principalmente Estados Unidos, vereda por la cual ya había comenzado a caminar Peter Balakian en su *The Burning Tigris*. Para empezar, Turquía, Estados Unidos e Israel evitan usar el concepto de genocidio para describir las matanzas de armenios, ya que éste tiene profundas implicaciones legales que quedaron definidas en 1948, cuando se consideró el genocidio judío perpetrado

por los nazis en las leyes de derecho internacional. La palabra genocidio es sustituida por guerra civil o, en el mejor de los casos, por masacres (omitiendo cualquier referencia al Estado turco) en la utilización mañosa de un lenguaje para ocultar la verdad (igual que en el conflicto palestino-israelí las grandes agencias noticiosas manipulan el lenguaje y trastocan los acontecimientos, como lo ha señalado el periodista británico Robert Fisk). Sin embargo, Raphael Lemkin, el abogado judío-polaco que acuñó el concepto de genocidio, dejó en claro que él pensaba en la relevancia del caso armenio y que éste lo había influenciado. No obstante lo anterior, Estados Unidos e Israel siguen sin otorgarle el calificativo de genocidio a las matanzas de armenios de 1915.

Después de la Segunda Guerra Mundial, durante los años de la Guerra Fría, la importancia geopolítica de Turquía se centró en servir de muro de contención a los intereses expansionistas soviéticos. La importancia de Turquía en las políticas de Medio Oriente se acrecentó en 1979 debido a la invasión soviética a Afganistán y a la revolución islámica de Irán, dejando al miembro de la OTAN en un rol estratégico ante la avanzada de la Unión Soviética. Una de las respuestas del gobierno de Reagan fue que en 1982 el Departamento de Estado estadounidense declaró que, dado que los registros históricos eran ambiguos, no podía ceder a las acusaciones que afirmaban que el gobierno turco había cometido genocidio contra el pueblo armenio (p. 221). Sin duda, Turquía era un aliado estratégico en contra de los rusos y el precio

por su lealtad quedaba al alcance de la mano.

Después de la caída del comunismo, Ankara fue un aliado de primer orden en la primera guerra contra Irak. Y también ha estado allí como aliado estratégico de Israel cuando en 1948, después de la creación de este Estado, no molestó a los judíos que vivían en su territorio como aconteció con otros países musulmanes, y cuando al año siguiente reconoció oficialmente al Estado hebreo. Turquía representa para Tel Aviv la única mano amiga en toda la zona.

En un análisis final, Bloxham narra cómo la indolencia de los Estados y sus diplomáticos sobre el genocidio armenio tiene como contraparte a varios historiadores. El caso paradigmático lo constituye sin duda el orientalista inglés Bernard Lewis (ferozmente criticado por Edward Said en el ya lejano año de 1976), emérito de Princeton y asesor de la administración de George W. Bush, quien en 1993, en una entrevista al diario francés *Le Monde*, calificó el genocidio armenio como “versión armenia de la historia”.

Es cierto que nadie olvida el genocidio de seis millones de judíos, la mayor masacre en la historia de un grupo étnico. También lo es que fueron asesinatos cometidos por europeos contra europeos en Europa. No se olvida, y su negación se castiga penalmente. Mientras, el Estado turco pretende enjuiciar a uno de sus literatos más importantes, Orhan Pamuk, candidato al Nobel, por haber declarado a un periódico suizo que un millón de armenios habían sido asesinados en Turquía durante la Primera Guerra Mundial. A pesar de que este juicio por “haber deni-

grado públicamente la identidad turca” (*El País*, 16 de diciembre de 2005) fue cancelado gracias a la presión internacional, según el artículo 301 son procesados el periodista Hrant Dink y Sehmus Ulek, vicepresidente de Mazlum Der, ONG turca para la defensa de los derechos humanos, ambos en relación con discursos pronunciados durante una conferencia el 14 de diciembre de 2002 sobre el tema “Seguridad global, terror y derechos humanos, pluralidad cultural, minorías y derechos humanos”. El reconocimiento del genocidio armenio por parte de Turquía (además del de Estados Unidos por razones políticas y el de Israel por motivos morales) es indispensable para la reconciliación de dos naciones con su historia.

Daniel Bloxham nos hace ver que a la historia le corresponden, como lo ha mencionado el historiador francés Paul Ricoeur, tanto los terrenos de la memoria como los del olvido, y que la memoria del genocidio armenio conlleva tanto un compromiso ético como un desafío intelectual. 

ANÁLISIS HISTÓRICO COMPARATIVO Y EL PROGRESO DE LA CIENCIA POLÍTICA

Isami Romero Hoshino

James Mahoney y Dietrich Rueschemeyer, ed., *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, 447 pp.

En los últimos dos decenios el método cuantitativo se ha convertido en la gran panacea dentro de la ciencia política de Estados

Unidos. El resultado inmediato de esto ha sido, sin duda, el deprecio de la “historia” como herramienta analítica; a cambio, observamos, cada vez más, una preferencia mayor por la estadística y las regresiones lineales. Digámoslo así: la ciencia política estadounidense ha perdido su rico lenguaje histórico y ha trasmutado hacia un mundo econométrico.

Ahora bien, esta manía por los “números” ha trascendido las aulas universitarias estadounidenses y ha encontrado importantes nichos en los espacios académicos de Japón y Europa, así como en América Latina, gracias a la repatriación de miles de estudiantes instruidos en las principales universidades de Estados Unidos. En este sentido, es cuestión de tiempo para que en los demás países, principalmente en México, empiecen a surgir nuevas escuelas cuantitativas que alejen cada vez más a la “historia” de la ciencia política.

Sin embargo, esta aparente muerte de la “historia” no es compartida por todos los sectores. De hecho, muchos grupos han alzado la mano para criticar esta fuerte postura ahistórica. Es el caso de los investigadores de los estudios regionales, quienes han argumentado que los estudios cuantitativos subestiman por completo los casos particulares. Los posmodernistas, por su parte, pusieron en tela de juicio la veracidad del método científico como herramienta analítica, mientras los historiadores manifestaron que era imposible que “simples” ecuaciones matemáticas pudieran explicar eventos que sólo un minucioso estudio histórico logra esclarecer.

Una última vertiente que buscó dar la pelea fue la escuela de la historia comparada.

Para ésta el problema no era el uso propio del método científico y las relaciones causales, sino la postura intolerante de los estudios cuantitativos hacia la comparación de casos específicos. Esto llevó, finalmente, a que James Mahoney y Dietrich Rueschemeyer editaran lo que es hoy una de las críticas más importantes hacia los estudios cuantitativos: *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*.

Como un primer dato interesante podemos resaltar que en este libro participaron los más importantes exponentes de la historia comparada estadounidense en la actualidad, como Jack Goldstone, Paul Pierson, Edwin Amenta, Kathleen Thelen, Roger Gould, Ira Katznelson, Peter Hall y Theda Skocpol. En este sentido, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences* es una lectura obligada no sólo para los politólogos sino también para aquellos historiadores que quieran entender cuál ha sido la crítica de los principales actores de la ciencia política hacia su desafortunada existencia metodológica.

El libro está dividido en cinco partes. La primera explica qué es el Análisis Comparado Histórico (ACH) y sus tres pilares fundamentales: 1) las relaciones causales y la posibilidad del sincretismo metodológico; 2) el análisis de acontecimientos de largo plazo y los puntos de inflexión del cambio; y 3) la comparación de pocos casos. La segunda parte muestra los aportes teóricos producidos por el ACH en tres importantes rubros de la ciencia política: las revoluciones (Goldstone), las políticas públicas (Amenta) y la transición a la democracia (Mahoney).

Posteriormente, la tercera parte explica las herramientas analíticas que utiliza la ACH, como los mecanismos del cambio histórico (Pierson), el papel de las instituciones (Thelen), las redes sociales (Gould) y la relación agente-estructura en los procesos históricos (Katzenelson). Ahora bien, es necesario acotar que el concepto “historia” que se utiliza en este proyecto es sumamente diferente del que tienen numerosos historiadores. Para los seguidores del AHC la “historia” es simplemente un instrumento y no un objetivo.

Por lo que respecta a la cuarta parte, ésta dedica su contenido al debate metodológico. Aquí se analiza la importancia del número de casos (Rueschemeyer), la esencia de las relaciones causales (Mahoney) y la ontología de la política comparada (Hall). Finalmente, el libro culmina con un ensayo de Skocpol que aboga por la existencia de un pluralismo metodológico.

Ahora bien, la duda que surge es si realmente lo que presentan Mahoney y sus cole-

gas es un tema novedoso. Es evidente que no. Es un nuevo intento por proponer el sincretismo como metodología dominante dentro de la ciencia política. Empero, desde mi perspectiva, creo que es un intento fallido. No existe una teoría capaz de englobar todas las vertientes de la política comparada. Lo que olvidan ellos es que la ontología y la postura epistemológica que han aplicado en sus estudios pasados carece totalmente del sincretismo al que aluden, cosa que pone en duda muchos de los presupuestos del ACH.

Sin embargo, esto no implica que *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences* no deje de ser una obra interesante. Todo lo contrario: este libro es trascendental porque muestra cómo se está generando la lucha de poder entre los grupos epistemológicos en Estados Unidos en torno a un paradigma evidente, la metodología. Ahora, lo que nos queda a nosotros como lectores es reflexionar sobre los efectos que tendrá este choque en el futuro para la “historia” como disciplina. ❧